



16 pueblos han vacunado a la mitad del censo.

Tivenys, Uldemolins o La Fatarella han superado la mitad de su censo vacunado. Son, oficialmente, 16, aunque habrá más que no aparecen en la estadística por ser muy pequeños.



L'Albiol, Querol o La Pobl de Mafumet, a la cola.

Los datos de Salut muestran que poblaciones como L'Albiol, Querol, La Pobl de Mafumet o Salou son los menos vacunados. No superan el 30% de primeras dosis.



Ramon y Jaume, en la panadería del pueblo. Los dos están vacunados. FOTO: PERE FERRÉ



Glòria, peluquera, junto con Jordi, un vecino sanitario; los dos, vacunados. FOTO: P. FERRÉ

menores de edad, pese a que varios vecinos sostienen que en los últimos tiempos han ido familias jóvenes a vivir. Pero no solo en ese envejecimiento está la clave para que la inmunización cunda por estos lares. El alcalde arroja más luz: «Hay mucha gente que trabaja en la educación y también hay bomberos. Por lo tanto se trata de personal esencial que está vacunado también». Es el caso del propio edil, que trabaja de profesor de Ciencias Sociales en Tarragona y que, como menor de 60 años, es uno de los vacunados con AstraZeneca que deberá decidir ahora si repetir con la marca de Oxford o inocularse Pfizer como segunda dosis. «Hay muchos bomberos y profesores», incide Maricel desde el Ateneu. Otros vecinos confirman esa especial sociología del lugar.

«Mejor que en otros sitios»

En el bar del pueblo dos personas pasan la mañana. Por supuesto, las dos están vacunadas. Xisco Martí, de 63 años, ya tiene una dosis, y su cuidadora, Ester González, lleva meses inmunizada, ya que fue de las primeras en pincharse, debido a su trabajo. «Hay más movimiento y en general se nota que hay mucha gente vacunada. Paseo más tranquila por aquí que cuando voy a otros sitios más grandes, que sé que tienen a menos vacunados», explica Ester.

Aun así, el impacto de la pandemia es hondo, incluido el emocional. «Todavía hay gente mayor con miedo, que sale muy poco de su casa», cuenta Maricel. Los escasos negocios ejercen, claro está, de termómetro social, y le toman el pulso a la vida del pueblo. «Los cuatro hermanos estamos ya todos

Las frases

«Como todas las zonas rurales, tenemos una población mayor, envejecida»

Miquel Perelló
Alcalde de Els Guiamets

«Somos cuatro hermanos y estamos ya todos vacunados. Trabajamos con más seguridad»

Ramon Benet
Panadero

«Hay un número importante de esenciales como profesores y bomberos»

Manel Sales
Concejal y propietario del restaurante Mestral

«Tengo que ir mucho a la residencia a trabajar con los usuarios y por eso me vacunaron pronto»

Glòria Barceló
Peluquera

«Aún hay gente mayor con miedo y que prefiere no salir»

Maricel Mas
Propietaria Café Ateneu

Mayores coberturas

Municipios	1ª dosis	2ª dosis
Els Guiamets	66,7%	42,2%
La Fatarella	59%	40,4%
La Palma d'Ebre	57,3%	38,5%
Flix	54,9%	32,5%
Ginestar	54%	31,6%
Freginals	53,1%	37,2%
Vilalba dels Arcs	53,1%	37,2%
Arnes	52,7%	36%
Riba-roja d'Ebre	52,5%	27,4%
La Bisbal de Falset	52,3%	34,7%
Bot	52,1%	36,4%
Uldemolins	51,7%	33,8%
Tivenys	51,5%	34,1%

46,1%

● El 46,1% de los tarraconenses de más de 16 años han recibido una primera dosis. En el 25,8% de los casos se ha inculcado también la segunda, según los datos de Salut.

49,8%

● La Terra Alta es la comarca más vacunada de la provincia, con un 49,8% de la población con una dosis administrada, por delante de la Ribera d'Ebre (47,8%) y Priorat (46,5%).

vacunados, y gran parte de la familia», explica Ramon Benet (58 años), pinchado con AstraZeneca. Es el panadero del pueblo, junto a su hermano, Jaume (62). Su hija, que es Mossos, también recibió el antídoto en tanto que esencial. Siempre estuvieron abiertos y ahora trabajan con más seguridad.

En el goteo del horno y la panadería asisten a esos altos porcentajes de inmunización de los que goza el pueblo. También se da fe de ello en otro meollo de la vida social: la peluquería. «Yo entro mucho a la residencia a trabajar y por eso también estoy vacunada», cuenta Glòria Barceló, la peluquera, de 52 años, ya en su organismo con los anticuerpos de la doble ración de Pfizer. «Estoy más tranquila. No hemos cambiado mucho el modo de vida, seguimos con las precauciones, pero el ambiente ya es distinto», dice ella. Le corta el pelo a Jordi Carreño, claro está, también vacunado, como conductor de ambulancia.

«He evitado riesgos»

Lourdes Castellví, de apellido común en la zona, viene del tros y va a por el pan a Forn Benet. La delata un descuido inocente: se baja del coche sin la mascarilla y vuelve a por ella rápidamente. Tiene 69 años y el antígeno inicial de AstraZeneca en su deltoides. «Hay mucha gente vacunada. Yo, personalmente, siempre he estado tranquila, porque como no trabajo y estoy jubilada he evitado riesgos. No he cogido transporte público y no he ido a sitios con aglomeraciones», dice Lourdes.

Manel Sales es concejal y propietario del restaurante Mestral: «Influye la cantidad de esenciales

que tenemos en el pueblo». Sales comenta que «aún hay quien tiene miedo», aunque la movilidad ha insuflado energía a la localidad. «Desde principios de mayo vienen bastantes turistas, aunque este es un pueblo muy pequeño y en realidad hemos sido siempre como una gran burbuja durante toda la pandemia», cuenta Sales.

El final del túnel pandémico se ve mejor en estos núcleos pequeños que fueron los que se salvaron, en buena medida, de los envites más duros del virus. No lejos de aquí, en La Fatarella (Terra Alta) y La Palma d'Ebre (Ribera d'Ebre), también se ha sobrepasado la mitad de la población vacunada, pese a que la anhelada inmunidad de rebaño, cifrada en el 70%—con dos dosis—, queda todavía remota.

En esos sitios la población empieza a sentir cierto consuelo. Los ancianos, refugiados en sus casas, aún salen con timidez, dando algo de vida a unos lugares que ya estaban amenazados por la despoblación. «Hay que imaginarse lo que fueron estas calles durante el confinamiento. Si ya de por sí hay poca gente, aquello fue indescriptible...», relata Lourdes Castellví.

Detrás de todo esto se esconde el enésimo desafío de la pandemia: llevar esta nueva generación de antídotos a confines montañosos como este (la sierra de Tivissa se impone al fondo), a lomos del reto inmenso de la vacunación rural. «El consultorio local ha sido clave. Es una demostración de que la sanidad pública ha hecho muy bien su trabajo y hay que reivindicarlo», cuenta Miquel Perelló, el alcalde. Hace unos días se vacunó su madre, de 74 años. Otra pequeña victoria al virus. La lucha sigue.